

**Biopolítica de la subversión:  
el museo como dispositivo de invención, construcción y mostración  
del enemigo. El caso de la Jefatura Central de Policía en Tucumán**

**Carolina Meloni González y Ruy Diego Zurita**

Universidad Europea de Madrid

*Para Ado, porque supo subvertir el orden y  
enfrentarse al poder a golpe de carcajada...*

**subvertir.** (Del lat. *subvertere*): Trastornar o alterar algo, especialmente el orden establecido.

*Introducción: de lo visible y lo enunciable*

En su breve texto titulado *¿Qué es un dispositivo?*, Giorgio Agamben<sup>1</sup> desmenuza este complejo concepto foucaultiano de manera ejemplar, localizando en éste algunas significaciones que ni siquiera el propio Foucault había señalado. Según Agamben, el diccionario nos remite al menos a tres sentidos concretos de este particular concepto: además del jurídico y del tecnológico, encontramos un significado militar, puesto que “dispositivo” también es “el conjunto de los medios dispuestos conformemente a un plan” (Agamben 2). Y es que, como afirma el autor, las cuestiones terminológicas son de suma importancia en filosofía, puesto que es en el lenguaje y en sus enunciados donde el ser de las cosas parpadea, dejando entrever de este modo los mundos que hemos creado a

---

<sup>1</sup> Agamben, Giorgio, *¿Qué es un dispositivo?* Barcelona: Editorial Anagrama, 2015.

través de los conceptos. De este modo, es en nuestras prácticas lingüísticas donde terminan por situarse nuestras prácticas sociales y políticas. El dispositivo es, en definitiva, un conjunto de prácticas heterogéneas. “Curvas de visibilidad y curvas de enunciación”, nos dirá Deleuze (317)<sup>2</sup>, para quien el dispositivo es una red multilínea que distribuye lo enunciable y lo no enunciable, en definitiva, el discurso y la luz del saber que arraigan en el poder.

No es posible comprender la genealogía foucaultiana del poder, aquella que se inaugura tras sus análisis arqueológicos de los discursos y los enunciados, sin reparar en el concepto de dispositivo. Como bien sabemos, la edad clásica inaugura, según Foucault, unas determinadas tecnologías positivas del poder. En sus estudios sobre el arte de gobernar, de normalizar y disciplinar los cuerpos y los sujetos, Foucault localiza a finales del siglo XVIII la invención de una nueva manera de gestionar el poder: las llamadas tecnologías que apuntan a la administración de los cuerpos y de la vida de los individuos, los dispositivos, que manipulan las relaciones de fuerzas. Las tecnologías del poder son, literalmente, una construcción determinada, una *estrategia* concreta, un verdadero *artefacto* con sus artilugios discursivos y escópicos; tecnologías formadas por dispositivos que no van a proceder únicamente de manera coercitiva o represiva, sino que utilizan estrategias de normalización, de distribución y de gestión de las fuerzas. Asimismo, disponen y ordenan, gestionan en definitiva la lengua y la mirada, las palabras y las cosas, haciéndonos, como en ocasiones dijo Foucault, hablar, susurrar, cuchichear, observar. Los dispositivos, por tanto, no actúan como categorías negativas (prohibiendo, obstaculizando, privando), sino positivas: son constituyentes de verdad. La edad clásica, nos indica Foucault, inicia una nueva manera de concebir el poder, en la que este ya no va ser entendido como un conjunto de instituciones y aparatos que garantizan la sujeción y el sometimiento de los ciudadanos a una instancia superior determinada. Esta nueva distribución del poder no tiene ya que ver con un sistema general de dominación, sino con una red múltiple que se ejerce por todos lados; con una relación de fuerzas inmanentes. Se trata de un tipo de tecnología que nos atraviesa, que produce, provoca, promueve. El poder modela los cuerpos y las subjetividades. Por ello, Foucault hablará de un bio-poder cuyo objetivo es la maximización de la vida.

Y en esta administración y producción de vida, los dispositivos juegan un papel central. Los dispositivos conforman una gran red de discursos, técnicas y

---

<sup>2</sup> “Qu’est-ce qu’un dispositif?” en Gilles Deleuze, *Deux régimes de fous*. París: Minuit, 2003.

saberes, destinados a producir efectos en los cuerpos. Desde el dispositivo-sexualidad, pasando por el dispositivo-panóptico, al carcelario o el patológico, encontramos toda una serie de discursos médicos, éticos, legislativos, pedagógicos y militares, de técnicas de individualización (desde la escuela, la fábrica, el cuartel, etc.), que se dirigen a dar forma a los cuerpos, a someterlos, a hacerlos dóciles, extrayendo de ellos toda sus fuerzas y utilidad. Pero no sólo los discursos, también la arquitectura y la distribución de los espacios apuntan a esta red de artefactos y discursos que normalizan, disciplinan y gestionan la vida. En este sentido, nos dice Agamben: “llamaré literalmente dispositivo a cualquier cosa que tenga de algún modo la capacidad de capturar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar los gestos, las conductas, las opiniones y los discursos de los seres vivientes” (3-4). Los dispositivos, en definitiva, llevan a cabo una suerte de trabajo cartográfico, suponen una distribución concreta de los discursos, de las verdades y los poderes. Los aparatos del poder suponen estrategias normativas que, como toda norma, regulan, administran y distribuyen aquellas prácticas que ellas mismas han producido.

Abordaremos aquí las operaciones de aniquilación del hombre llevadas a cabo durante la última dictadura militar argentina a luz de estos dos conceptos foucaultianos: las tecnologías del poder y sus dispositivos concretos. Por una parte, y utilizando los análisis de Daniel Feierstein<sup>3</sup> sobre el genocidio entendido como una práctica social, esto es, como una tecnología determinada, interpretaremos el genocidio argentino como un caso particular de “genocidio reorganizador”: el autollamado “Proceso de Reorganización Nacional” dio cuenta hasta en su nombre mismo del alcance político y estratégico del proyecto refundador que se quería llevar a cabo. En esta particular manifestación del poder genocida fue necesaria la creación de diversos dispositivos simbólicos y materiales que vertebraron el proyecto de aniquilación. Por ello, en un segundo momento, nos centraremos en los procesos de construcción de una alteridad amenazante que se llevaron a cabo en la época, y, como consecuencia de los mismos, la creación de un dispositivo concreto, el dispositivo denominado “delincuente subversivo”. La creación de un enemigo a combatir fue la pieza clave para la fundación de un discurso sobre la seguridad nacional. El autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” operó no solo de manera genocida, sino a través de complejos dispositivos bio y tanatológicos destinados a gestionar,

---

<sup>3</sup> Nos referimos, fundamentalmente, a la obra de Feierstein: *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

administrar y limpiar el campo social de cualquier tipo de amenaza. La creación de la figura del enemigo-subversivo fue fundamental para justificar una supuesta guerra entre dos bandos. Un ejemplo indiscutible de todos estos complejos procesos fue el llamado museo de la subversión, inaugurado en la provincia de Tucumán a finales de los años 70 en las dependencias de la Jefatura Central de Policía, el cual sirvió precisamente para reforzar ese discurso en torno a la seguridad y el orden nacional. La última parte de nuestro artículo versará sobre el dispositivo museo como dispositivo escópico y simbólico que sirvió para reforzar las lógicas de demonización del enemigo.

*Reorganizar, neutralizar, aniquilar*

“Las tres armas asumieron la responsabilidad del proyecto de salvataje. Ahora sí, producirían todos los cambios necesarios para hacer de Argentina otro país. Para ello, era necesario emprender una operación de ‘cirugía mayor’, así la llamaron. Los campos de concentración fueron el quirófano donde se llevó a cabo dicha cirugía—no es casualidad que se llamaran quirófanos a las salas de tortura—; también fueron, sin duda, el campo de prueba de una nueva sociedad ordenada, controlada, arenada. Las Fuerzas Armadas asumieron el disciplinamiento de la sociedad, para modelarla a su imagen y semejanza”

Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*

En su ya clásico *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina* (2007), Feierstein realiza un giro conceptual fundamental para comprender no solo el hecho en sí del genocidio, sino la modalidad particular que tuvo lugar durante la última dictadura militar argentina. Si bien la mayoría de las definiciones que se han dado de los diversos genocidios ocurridos a lo largo de la historia tienen como eje central el hecho del exterminio masivo de un sector concreto de la población<sup>4</sup>, Feierstein da un paso más en estas definiciones y prefiere abordar este complejo fenómeno desde la categoría foucaultiana de “tecnología”. Más allá del aniquilamiento, el genocidio es ante todo un *proceso*. Proceso que conlleva una serie de prácticas, discursos y dispositivos determinados que funcionan tanto en un nivel material como simbólico, llevando a cabo con

---

<sup>4</sup> Para consultar estas definiciones, remitimos al libro del propio Feierstein, en especial al capítulo titulado “Acerca de las discusiones, definiciones y límites del concepto de genocidio”, en el que el autor aborda de manera exhaustiva las distintas conceptualizaciones que se han dado de este fenómeno, tanto desde el ámbito jurídico como del derecho internacional, la sociología y los llamados *genocide studies*. Cfr., Daniel Feierstein, *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007).

ello una reestructuración radical de una comunidad concreta. Feierstein prefiere utilizar la expresión “práctica social genocida” antes que “genocidio” *tout court*, puesto que a través de ella somos capaces de articular una serie de procesos complejos que van más allá del exterminio sin más y que suponen una tecnología de poder mucho más elaborada y compleja. En este sentido, dice Feierstein:

Una práctica social genocida es tanto aquella que tiende y/o colabora en el desarrollo del genocidio como aquella que lo realiza simbólicamente a través de modelos de representación o narración de dicha experiencia. Esta idea permite concebir al genocidio como un proceso, el cual se inicia mucho antes del aniquilamiento y concluye mucho después, aun cuando las ideas de inicio y conclusión sean relativas para una práctica social, aun cuando no logre desarrollar todos los momentos de su propia periodización. (Feierstein 36)

En definitiva, la idea del genocidio como una tecnología de poder concreta, como un “nuevo diagrama de poder en el cual el aniquilamiento de determinadas poblaciones y la experiencia concentracionaria juegan un papel fundamental” (Feierstein 24), es heredera tanto de la genealogía del poder foucaultiana como de la reinterpretación del biopoder en tanto que necropoder que llevarán a cabo autores como A. Mbembe<sup>5</sup>. Cuando Foucault comienza a abordar el poder como un conjunto de fuerzas inmanentes y como tecnología, asume que se trata de procesos complejos en los que son los discursos, las prácticas tecno-sociales, bio-médicas y jurídicas los que invisten y dan forma al campo social y a las subjetividades que en este se desarrollan. Las tecnologías suponen todo un conjunto de efectos políticos, discursivos y sociales que se dan en el propio cuerpo social. En definitiva, nos dice Feierstein, las tecnologías de poder son “una forma peculiar de estructurar—sea a través de la creación, destrucción o reorganización—relaciones sociales en una sociedad determinada, los modos en que los grupos se vinculan entre sí y consigo mismos, y aquellos a través de los cuales construyen su propia identidad, la identidad de sus semejantes y la alteridad de sus ‘otros’” (Feierstein 26).

Podríamos, por tanto, afirmar que el genocidio argentino actuó como una tecnología de poder en dos niveles: por una parte, encontramos su rostro más visible y siniestramente reconocible, esto es, aquello que algunos estudiosos han denominado la “tecnología de aniquilación por desaparición” (Ataliva 7) o el

---

<sup>5</sup> El libro de Achille Mbembe, *Necropolítica* (Barcelona: Melusina, 2011) es fundamental para comprender el deslizamiento que se produce entre un “biopoder” como gestor de vida a un “necropoder” como productor de muerte. Remitimos, asimismo, a Sayak Valencia, la cual en su *Capitalismo gore* (Barcelona: Melusina: 2010), define estas *thánato*-estrategias de un poder basado en la normalización de la vulnerabilidad, el asesinato y muerte del otro.

llamado “poder desaparecedor”<sup>6</sup> que hizo del exterminio del otro su objetivo primordial. En dicho poder, la reorganización tanto del campo social, como del político y el jurídico giraron en torno a esta particular consigna centrada en la represión, la tortura y la muerte de un supuesto enemigo. Recordemos que este poder desaparecedor fue cobrando forma en la red de discursos y prácticas políticas antes incluso de que se produjera el golpe de Estado. Los conocidos “Decretos de Aniquilamiento”<sup>7</sup>, firmados en 1975 por el gobierno de María Estela Martínez de Perón, supusieron el inicio de esta forma de poder que funcionó bajo la consigna de “neutralizar y/o aniquilar” a los elementos subversivos que atentaran contra la seguridad del estado. La persecución de los elementos discordantes de la sociedad, de todo aquel que fuera considerado una amenaza para la seguridad nacional, se hizo una constante en esta modalidad de poder, en la que el secuestro, la tortura y el asesinato político se normalizaron en grados obscenos. Por otra parte, sin embargo, el caso argentino funcionó también como modalidad de poder disciplinario en el plano discursivo-visual. La otra cara de esta tecnología del horror hizo de la propaganda simbólica un elemento fundamental para llevar a cabo sus objetivos de aniquilamiento. Tanto Pilar Calveiro como el propio Feierstein reconocen que la eficacia del poder desaparecedor solo pudo deberse a la eficacia de las prácticas simbólicas y propagandísticas que, utilizando redes de relaciones, de discursos, instituciones, leyes y enunciados preparó a la sociedad argentina para la idea de una amenaza inmanente que era preciso extirpar y destruir desde sus raíces mismas. En este sentido, como afirma Calveiro, podríamos afirmar que:

El Proceso de Reorganización Nacional no fue una extraña perversión, algo ajeno a la sociedad argentina y a su historia, sino que forma parte de su trama, está unido a ella y arraiga en su modalidad y en las características del poder establecido [...] El Proceso no representó una simple diferencia de grado respecto a los elementos preexistentes, sino una reorganización de los mismos y la incorporación de otros, que dio lugar a nuevas formas de circulación del poder dentro de la sociedad. (15-16)

---

<sup>6</sup> La definición de “poder desaparecedor” se la debemos a Pilar Calveiro, para quien esta nueva modalidad de poder se basa exclusivamente en el exterminio y asesinato del enemigo a través de la figura concreta de la desaparición. Según Calveiro, con el golpe del 76: “la desaparición y el campo de concentración-exterminio dejaron de ser una de las formas de represión para convertirse en la modalidad represiva del poder, ejecutada de manera directa desde las instituciones militares”. Cfr., Pilar Calveiro, *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina* (Buenos Aires: Colihue, 2004), 15.

<sup>7</sup> Los llamados “Decretos de Aniquilamiento” fueron firmados durante el gobierno peronista y son considerados el paso previo al golpe de Estado acaecido en 1976. Son los decretos que dan inicio al Operativo Independencia en la provincia de Tucumán y suponen el inicio de la lucha antsubversiva centrada en, como el propio nombre de estos decretos lo indican, la aniquilación del enemigo.

Resulta sumamente lúcido el análisis de Feierstein del caso argentino a la luz de su propia auto-denominación. No es casual que los militares argentinos utilizaran el conocido eufemismo de “Proceso” para nombrar la transformación que pretendieron llevar a cabo. Estamos, según Feierstein, ante un claro ejemplo de “genocidio reorganizador”, el cual se caracterizaría porque

en un Estado nación preexistente—la República Argentina—constituido, como casi todos, a través de un genocidio constituyente, el gobierno de facto de la dictadura militar se propone una ‘reorganización nacional, una ‘refundación del Estado sobre nuevas bases’, y es el aniquilamiento y su modalidad concentracionaria la tecnología escogida para llevarla a cabo. (108)

A diferencia de otros tipos de genocidio en los que la idea de una amenaza exterior, ajena a la comunidad política constituida, supone siempre la excusa perfecta para el exterminio del otro, en el caso argentino dicha amenaza fue gestándose en el interior mismo del cuerpo social del país. Asimismo, fue un tipo de tecnología de poder en la que dicho exterminio no estuvo basado en postulados étnicos o religiosos, sino exclusivamente políticos, ideológicos y económicos. Y, fundamentalmente, fue un tipo de genocidio basado en la necesidad de modificar, reestructurar y reordenar desde dentro un orden que se consideraba alterado. Con ello, se suponía que la sociedad argentina volvería a un supuesto equilibrio originario, equilibrio que había sido trastornado por distintos elementos discordantes del cuerpo social. Se trata, por tanto, de un tipo concreto de genocidio “que opera hacia el ‘interior’ de una sociedad ya constituida (un Estado nación preexistente) y busca refundar las relaciones sociales, los vínculos, los códigos, la cotidianidad, las mediaciones políticas; en suma, el ejercicio concreto y abstracto del poder en dicha sociedad” (Feierstein 104-105).

No fueron tampoco casuales las metáforas y alegorías higienistas o médicas de este tipo de poder totalitario en los que primó la idea de exterminar un proceso degenerativo que, cual tumor canceroso, carcomía el cuerpo de la Nación argentina. La lógica inmunitaria se establece en el discurso y en las prácticas de los militares argentinos, los cuales inocularon la idea de que una verdadera y terrible enfermedad estaba apoderándose de la sociedad y amenazaba con aniquilarla desde dentro. De este modo, las barreras profilácticas de todo tipo se hicieron absolutamente necesarias y los dispositivos inmunitarios invadieron todos los planos de lo social: desde las políticas higienistas y de salud pública implantadas por el general Bussi en Tucumán (como la limpieza de las calles, la expulsión de los mendigos de la ciudad o la obligación de pintar de blanco tanques de agua y árboles); hasta consignas y amenazas lanzadas en distintos medios de

comunicación colaboracionistas para implantar tanto el miedo como la delación<sup>8</sup>. Las ciudades se transforman, de este modo, en espacios clausurados, fortificados y tabicados por barreras y fronteras invisibles que generan en la población la idea de una suerte de cuarentena de la cual es preciso protegerse. De este modo, “la *limpieza* en la *ciudad-cuartel* se efectiviza en la tarea de tapiar las villas—el espacio cerrado y ordenado debe tener límites tangibles—y los sitios baldíos para esconder la miseria y el *desorden* de estos lugares anárquicos” (Arenas *et al.* 35). Se insta, así, el modelo policiaco de la peste que señaló Foucault, en el que la vigilancia continua, la exclusión del mal y el estado de excepción se convierten en norma<sup>9</sup>.

Es en esta intersección que se da entre el biopoder y las lógicas inmunitarias de protección de la vida donde autores como Esposito han cifrado el giro hacia la muerte de estas nuevas tecnologías del poder. Las metáforas médico-biológicas suponen un ejercicio policial de los distintos dispositivos que se ponen en marcha para mantener el orden y la salud del tejido social. Para combatir el contagio tanto del cuerpo individual como del social todo se vuelve necesario: estado de excepción, militarización de la zona y control policial extremo, implicación de la sociedad civil en la delación del otro, vigilancia absoluta de una comunidad concreta, aniquilamiento y exterminio del mal sin miramiento alguno. “Cuanto más el peligro que acosa a la vida circula indistintamente en todas sus

---

<sup>8</sup> A modo de ejemplo, reproducimos el folleto que el gobierno de Bussi publicó en el año 76 en el diario tucumano *La Gaceta* y que aparece citado en la obra de Feierstein (325). Como vemos, la finalidad del mismo no era otra que involucrar a la sociedad civil argentina en la tarea de vigilancia y denuncia de todo posible sospechoso que pudiera atentar contra el orden establecido:

Atención Tucumano

Preste atención y colabore si comprueba:

- Que en su barrio, pueblo o paraje se radican personas jóvenes sin hijos o con hijos de corta edad;
- Que esas parejas no mantienen relación con el vecindario;
- Que no se les conoce familiares;
- Que no se sabe a qué se dedican ni en qué trabajan.

Porque esas personas pueden estar atentando contra su seguridad, la de su familia y la de su país [...] Su información será valiosa.

Ejército argentino

<sup>9</sup> En su célebre *Vigilar y Castigar*, describe Foucault este modelo de poder como una restructuración y parcelación del campo social a través de distintas tecnologías disciplinarias. Con la peste, se insta un poder omnisciente y omnipresente que atraviesa los cuerpos y los individuos, los espacios y las arquitecturas, y que no deja lugar alguno fuera del ratio de su vigilancia: “este espacio cerrado, recortado, vigilado, en todos sus puntos, en el que los individuos están insertos en un lugar fijo, en el que los menores movimientos se hallan controlados, en el que todos los acontecimientos están registrados, en el que un trabajo ininterrumpido de escritura une el centro y la periferia, en el que el poder se ejerce por entero, de acuerdo con una figura jerárquica continua, en el que cada individuo está constantemente localizado, examinado y distribuido entre los vivos, los enfermos y los muertos—todo esto constituye un modelo compacto del dispositivo disciplinario”, Michel Foucault, *Surveiller et punir* (Paris: Gallimard, 1975), 230.



prácticas, tanto más la respuesta converge en los engranajes de un dispositivo único: al peligro cada vez más difundido que amenaza a lo común responde la defensa cada vez más compacta de lo inmune” (Esposito 13). El genocidio reorganizador argentino inoculó la desconfianza, la vigilancia, el control continuo del sospechoso. Bajo el cercamiento y compartimentalización del campo social<sup>10</sup>, no solo se controla y aísla la amenaza interna, sino que también se la secuestra, se la aparta, se la confina, tortura, extermina y, finalmente, se la hace desaparecer.

El genocidio argentino fue, por tanto, una modalidad de genocidio reorganizador, pero también fue un claro exponente del llamado “necropoder”, de ese poder que, como afirma Mbembe, hace de la política un trabajo de muerte (Mbembe 21). Si el biopoder, tal y como lo había definido Foucault, había hecho de la vida el objeto de control y de gestión de las tecnologías del poder, paradójicamente, instauraba en su seno una relación siniestra entre lo político y la muerte. Nunca antes las guerras habían sido tan sangrientas. “Nunca hasta entonces”, dice Foucault, “los regímenes habían practicado sobre sus propias poblaciones holocaustos semejantes” (232), dado que solo se puede asegurar el crecimiento y existencia de esa vida masiva, poblacional, exponiéndola a una muerte general<sup>11</sup>. Y toda amenaza que impida de alguna manera el crecimiento de ese cuerpo-especie es tratado como un agente infeccioso que hay que aniquilar. “En la formulación de Foucault—afirma Mbembe—el biopoder parece funcionar segregando a las personas que deben morir de aquellas que deben vivir. Dado que opera sobre la base de una división entre los vivos y los muertos, este poder se define en relación al campo biológico, del cual toma el control y en el cual se inscribe” (21-22). Si bien es cierto que tanto Foucault como Mbembe cifran en el racismo esta suerte de bio-segregación, y, a pesar de que el genocidio argentino no estuvo atravesado por postulados racistas como fue el caso del nazi, sí

---

<sup>10</sup> Los trabajos de Pamela Colombo sobre el caso concreto de Tucumán y sus Centros de exterminio, utilizando para ello categorías lefebrianas de espacio y tiempo, son fundamentales para comprender las transformaciones espaciales que llevó a cabo la dictadura, tanto en el campo social como en el individual, materializado este último en el cuerpo de los detenidos-desaparecidos. Colombo describe la puesta en marcha de una “escenografía de fondo” que sirvió para facilitar el traslado de los detenidos por una ciudad tomada y asolada por el terror: “para comprender como el traslado de detenidos-desaparecidos fue posible—afirma—hay que señalar que simultáneamente en el espacio de la vida cotidiana se produjo una militarización del tiempo y el espacio público a través de apagones de luz constantes, toques de queda, controles sistemáticos de circulación de vehículos en las rutas y caminos” (8).

<sup>11</sup> Utilizamos aquí los conceptos de “guerra” y “holocausto” en relación a la lectura que Foucault hace de ellos a la luz del biopoder. Evidentemente, no nos los utilizaremos en el contexto argentino, dado que, como es sabido, ni fue una guerra como tal ni hubo estrictamente un “holocausto” en el sentido literal del término. Para entender y abordar lo sucedido en Argentina, otros conceptos y definiciones son necesarios.

encontramos en el mismo esta modalidad de necropoder en los que la idea de la defensa de la sociedad hace aceptable y normaliza la matanza. La Junta Militar argentina, en palabras de Calveiro:

Utilizó su derecho arbitrario de muerte como forma de diseminación social del terror para disciplinar, controlar y regular una sociedad cuya diversidad y alto nivel de conflicto impedían su establecimiento hegemónico [...] El poder de vida y de muerte es uno con el poder disciplinario, normalizador y regulador. Un poder disciplinario-asesino, un poder burocrático-asesino, un poder que se pretende total, que articula la individualización y la masificación, la disciplina y la regulación, la normalización, el control y el castigo, recuperando el derecho soberano de matar. Un poder de burócratas ensoberbecidos con su capacidad de matar, que se confunden a sí mismos con Dios. Un poder que se dirige al cuerpo individual y social para someterlo, uniformarlo, amputarlo, desaparecerlo. (35)

Estaríamos, por tanto, no solo ante un Estado mortífero, sumamente hostil, sino ante un Estado criminal, anclado en una metodología del terror en la que tanto la desaparición como la muerte podían afectar a todos aquellos que supusieran una mínima sospecha de amenaza. De este modo, la antigua fórmula que hizo posible el poder soberano como estrategia que gestiona la vida y la muerte, fórmula basada en la antigua *patria potestas* y esbozada por Foucault como la capacidad de “hacer morir o de dejar vivir”, se reinterpreta en una nueva tecnología de poder en la que la línea entre la vida y la muerte se torna difusa y porosa. Si la política se concibe como una variante de la guerra, la guerra biopolítica ya no se ejerce para proteger la vida del soberano, sino en nombre de la existencia de todos. Encontramos en el seno mismo del biopoder, por tanto, esa zona de oscuridad y de indiferencia donde violencia y derecho se cruzan, zona de suspensión de la ley que ha caracterizado siempre a la soberanía.

La radical separación entre aquellas vidas que merecen ser vividas, protegidas y salvadas, y aquellas otras que suponen una amenaza es el paso definitivo que inscribe la muerte del otro en los mecanismos del Estado. Dicha separación es la clave del biopoder. Por ello, el nacionalsocialismo, según Esposito, ha representado la biopolítica llevada al límite. Por primera vez, la muerte del otro se transformó en una cuestión no militar, ni política ni siquiera en un estado de guerra, sino en una cuestión biológica. Y el enemigo no era percibido como el simple adversario, sino como aquel cuya existencia era una amenaza, un peligro inmanente, un cáncer o tumor que se debía extirpar para asegurar la existencia misma de la comunidad política. El caso argentino, en este sentido, fue similar, y las metáforas higienistas estuvieron presentes en la lógica

genocida de los militares<sup>12</sup>. Si bien el enemigo-amenaza fue inscrito en una lógica dicotómica de guerra ideológica, el asesinato masivo fue más allá de una guerra política, inscribiéndose dentro de las políticas inmunitarias de defensa de la comunidad. Si la conocida inscripción de la entrada de Auschwitz-Birkenau relacionaba el trabajo con la libertad, cuenta Esposito que en Mauthausen, el lema con el que se encontraban los prisioneros no era otro que “Limpieza y salud” (147). En esta siniestra lógica necro-bio-política, los genocidas nazis inspiraron a sus semejantes argentinos. En el “Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo”, redactado en abril de 1983 como corolario a las acciones realizadas tras asumir el poder, afirman que su tarea, llevada a cabo con suma responsabilidad y dolor, tuvo como objetivo “la lucha por la libertad, por la justicia y el derecho a la vida”. En un marco casi apocalíptico y de terror, en el que la Nación argentina se había visto amenazada desde sus cimientos mismos, se justifica una guerra en la que se habrían cometido algunos excesos. “Las Fuerzas Armadas—señala el documento—aspiran a que esta dolorosa experiencia ilumine a nuestro pueblo, para que todos podamos hallar los instrumentos compatibles con la ética y con el espíritu democrático de nuestras instituciones, que permitan asegurar con indiscutible legitimidad la defensa contra todo riesgo de disolución por la violencia y el terror” (Junta Militar 9).

Los militares argentinos supieron presentarse como una especie de “clínica de la nación”, la cual tuvo como objetivos no solo vigilar y prevenir el caos y la incertidumbre, sino mantener el orden y la salud ciudadana, defendiendo al pueblo argentino de toda posible amenaza. El mal a combatir fue concebido casi como un mal radical, en el sentido de una patología de la comunidad que debía necesariamente sanarse, curarse de la misma manera que se recupera un cuerpo enfermo. “Un mal, una enfermedad, un parásito o un injerto, un cuerpo extraño [...] *dentro* del cuerpo político propio, en su cuerpo propio” (Derrida 133), que fue erradicado a golpe de picanas eléctricas, submarinos, vuelos de la muerte y demás atrocidades.

---

<sup>12</sup> A modo de ejemplo, citamos las palabras del Coronel Arrechea, jefe de policía de Tucumán, para quien, en una lógica que roza el racismo más burdo: “unos enfermos, mercenarios, internacionales, a quienes el pueblo argentino va a colocar un insecticida celeste y blanco, infalible, para eliminar las ratas que quieren infectar a nuestros montes, a nuestros ciudadanos y que quieren hacer que la dulzura de nuestros cañaverales se transforme en sal” (Crenzel 140-141).

*El delincuente-subversivo: la construcción simbólica de la amenaza*<sup>13</sup>

“Aún resta detectar y destruir a los grandes responsables de la subversión desatada. Aquellos que desde la luz o desde la sombra, valiéndose de las jerarquías, cargos o funciones logrados, atentan, día y noche contra las estructuras del Estado. A aquellos otros que, en su hacer o no hacer, encubren, cuando no protegen, a estos delincuentes que hoy combatimos [...] Porque entiendo que solo el saneamiento moral y físico total, y hasta las últimas consecuencias, de la República, nos permitirá erradicar de una vez para siempre esta subversión que nos repugna”.

Antonio D. Bussi, Discurso pronunciado al asumir como Jefe del Operativo Independencia

No hay lógica inmunitaria de la seguridad sin un mal al que combatir. No es posible una maquinaria aniquiladora de tal envergadura sin una gestión del miedo a través de la invención de una amenaza incontrolable. No hay terror semejante, que pueda ponerse en marcha, sin la creación de un enemigo hostil que garantice cierto éxito tanto en el plano simbólico como en el material. Y no hay enemigo, en definitiva, sin una clara estrategia de deshumanización y de demonización. Porque, según el general Camps, “no desaparecieron personas, sino subversivos” (Calveiro 22). La des-realización del otro supo hacerse de forma tan efectiva que la mayoría de los colaboradores con la dictadura estaban absolutamente convencidos de su papel salvador. Los militares argentinos se presentaron como los auténticos libertadores de la patria, de una patria vulnerada y mancillada en su interior por un enemigo corrupto que atentaba contra los valores esenciales de la Nación. Por ello, y debido a las características tan peculiares de este enemigo, la guerra fue presentada como atípica, en la que los propios códigos éticos de toda contienda paritaria no iban a poder ser respetados. La guerra sucia contra este difuso adversario reclamaba métodos excepcionales y poco éticos. Según ellos, estaba en juego la supuesta esencia del ser argentino, los valores mismos de la cristiandad y de la sociedad occidental, valores que se veían amenazados por un adversario siniestro, obstinado en ultrajar con su forma de vida el orden y el equilibrio de una Argentina conservadora.

Uno de los documentos fundamentales para analizar y comprender la construcción del enemigo por parte de los militares argentinos es el diario escrito

---

<sup>13</sup> Agradecemos a Emilio Crenzel su amabilidad al brindarnos la posibilidad de acceder tanto a su libro, *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán* (Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2001), como al documento de Acdel Vilas, *Manuscrito sobre el Operativo Independencia* (Bahía Blanca: 1977), de los que nos hemos servido para redactar este apartado del artículo.

por Acdel Vilas en 1977, en el que describe su actuación como Jefe del Operativo Independencia en la provincia de Tucumán. Resulta sintomático que dicho diario fuera prohibido por el propio Comando en Jefe del Ejército, debido a la claridad y transparencia con la que Vilas relata su misión y sus objetivos en esta castigada provincia. No hay eufemismos ni metáforas en la redacción de Vilas. Las frases, sencillas y directas, nos sitúan en un verdadero estado de guerra y de amenaza ante el que solo cabe una respuesta contundente y sin rodeos. El tono mesiánico y megalómano impregna todo el texto ya desde las primeras páginas cuando, en un gesto casi obsceno por su parte, define el concepto de holocausto a la luz de su significado de sacrificio u ofrenda. Para Vilas, sufrieron holocausto aquellos mártires que dieron su vida por amor a la patria. “No hicieron holocausto de la Patria, por el contrario, fue por los seres amados que dedicaron su vida” (Vilas 3).

La primera parte del texto se titula “Dios lo quiso”. Vilas asume la orden de dirigir al ejército argentino en las hostiles tierras tucumanas, atestadas de guerrilla e insurgentes, cual mandato divino. Para dicha misión se inspira, tanto en la Virgen a la que rinde su ofrenda nada más aterrizar en la provincia, como en la obra del coronel Roger Trinquier, conocido tras su paso por Argelia<sup>14</sup>. Al igual que los franceses, Vilas lleva a cabo su misión convencido de la urgente necesidad de acabar con los enemigos del país, “para devolver a esa zona su quicio perdido” (Vilas 9), para reinstaurar la paz y proteger a la población de esa terrible amenaza, para acabar con la anomalía que asediaba el país.

Una de las cuestiones más interesantes del libro de Vilas, además de la contextualización ideológica y política en la que tuvo lugar el Operativo Independencia, pensado como laboratorio de aniquilamiento previo al golpe de Estado, es la definición y concreción que encontramos en él del dispositivo enemigo. En sus páginas, un tono de queja y pesadumbre se instala en el discurso de Vilas, quien de forma acertada cuestiona los argumentos simplificadores que reducen la subversión a las organizaciones armadas. Vilas afirma sentir su tarea limitada y reducida, dado que las órdenes recibidas solo le permiten combatir este mal en su forma adoptada de “guerrilla”, los grupos armados localizados en determinadas franjas territoriales del llamado monte tucumano.

Para Vilas, el enemigo a combatir resultaba mucho más poliédrico y complejo, y ver en él solo la cara de su brazo armado, suponía un error estratégico de suma importancia que podría acarrear males futuros. La naturaleza del enemigo-subversivo abarcaba, según Vilas, diversos sectores de la sociedad, y

---

<sup>14</sup> Nos referimos aquí al ya clásico *La guerra moderna* de Trinquier (Buenos Aires: Ediciones Cuatro Espadas, 1981)

operaba incluso en el plano simbólico-ideológico. De ahí que la guerra, en cuanto tal, no podía limitarse a un enfrentamiento militar. De este modo, afirmaba:

Pretextando defender a la Nación, pero solapadamente socavando sus tradiciones, el marxismo aprovechó la ceguera o la traición, según los casos para poner a punto un aparato que se materializaba en dos frentes: la acción psicológica y el terrorismo. Dentro del primero coparon la Universidad, solventaron innumerables casas editoriales, se adueñaron de los centros culturales y lanzaron al mercado toda clase de revistas—no solo políticas, sino cómicas, artísticas, femeninas, etc.—con las que lograron influir sobre la población de una forma asombrosa. Si a eso le agregamos la complicidad de los partidos políticos, incluido el gobernante, solo interesados en mantener el sistema aun a costa del país, podrá comprenderse la dimensión del problema (15).

Como vemos, la figura del enemigo-subversivo adquirió tal complejidad que, incluso, se volvió sumamente difusa de definir. Con el calificativo de “detractores del ser Argentino” fueron descritos en un principio desde militantes y organizaciones políticas, sindicales o estudiantiles, hasta miembros de organizaciones armadas, para englobar posteriormente a meros simpatizantes o ciudadanía descontenta con la situación del país. El dispositivo enemigo fue adquiriendo la suficiente envergadura para que cualquiera pudiera ser considerado una amenaza: “subversión económica, subversión sindical, subversión política; en todos los órdenes aparecía ese terrible enemigo, tan vasto, tan inapresable, conformado por todos los que se oponían ‘de alguna manera’ al proyecto militar” (Calveiro 56). La guerra, para estos militares investidos de un poder cuasi divino, debía librarse en todos los frentes, puesto que el mal contagiaba todo los ganglios de lo social y se había distribuido cual metástasis a todo el cuerpo de la nación argentina. Afirma, en este sentido Vilas:

Si no despertábamos a tiempo, si aceptábamos que todos los resortes públicos y privados fuesen dominados progresivamente por la estructura que el marxismo montaba en los claustros, si tolerábamos que el ámbito gremial, religioso, educacional, económico y político estuviesen regidos, sino por hombres, por ideas emanadas del veneno marxista, si seguíamos permitiendo que los medios de difusión masivos resultasen voceros conscientes del proceso de marxistización de la sociedad y al propio tiempo, permitíamos la proliferación de elementos disolventes—psicoanalistas, psiquiatras, freudianos, etc., soliviantando las conciencias y poniendo en tela de juicio las raíces familiares, nacionales, religiosas, estábamos vencidos. De nada valía comandar tropas en la selva, mientras no tuviéramos claro el problema psicopolítico. (22-23)

El dispositivo enemigo-subversivo<sup>15</sup>, por tanto, estuvo atravesado por múltiples discursos que abarcaban lo cultural y social, lo político y lo jurídico, e

---

<sup>15</sup> Es interesante ver la evolución de este dispositivo de la alteridad que va de la amenaza terrorista al delincuente sin más. Una vez más, el libro ya citado de Feierstein

incluso lo cotidiano y lo mediático. La prensa de la época contribuyó en gran medida en la elaboración y visibilización de este complejo fenómeno que iba más allá de la guerrilla o de determinadas organizaciones de izquierdas, funcionando como una verdadera maquinaria óptico-discursiva que reguló, construyó y enmarcó la mirada del argentino medio<sup>16</sup>. “La subversión entonces—afirma Crenzel—, en la mirada de Vilas, reflejaba una cultura y un ‘estado de los cuerpos’, caracterizados por la indocilidad, lo diferente a lo considerado apropiado dentro de los valores de la cultura ‘Occidental y Cristiana’ o de aquello que, para las Fuerzas Armadas, supusiera una conducta o la difusión de valores desviados, opuestos o antagónicos a los del orden social existente” (5). De este modo, la lógica dicotómica de un “otro” amenazante frente a un “nosotros” se normalizó en una Argentina dividida e ideologizada en la conocida “Teoría de los dos demonios”. Pilar Calveiro señala de forma lúcida cómo los sistemas totalitarios están basados en estas estrategias dicotómicas de lo propio y lo ajeno: todo aquello que es distinto a nosotros, todo lo que cae fuera de nuestros parámetros y marcos de inteligibilidad y de construcción del mundo, no solo es considerado diferente, sino que es percibido como amenaza, como un peligro latente al que es preciso conjurar (52).

El genocidio, en su afán reorganizador, no solo actuó en el nivel de la matanza y el aniquilamiento, sino que dicha matanza no podría haberse llevado a cabo sin su aceptabilidad más absoluta. Los militares argentinos consideraron que estaban llevando a cabo una verdadera “ortopedia moral”, esto es, una operación quirúrgica *in extremis* destinada a sanear, a sanar el cuerpo social, para así normalizarlo, restaurarlo, enseñarle el buen camino, retornarlo a su cauce originario. En un afán hobbesiano de refundación de la nación, el lema de este

---

(2007) resulta de capital importancia, en especial, el apartado titulado “La construcción de una otredad negativa en la Argentina: la figura del ‘delincuente subversivo’”, donde el autor analiza el desplazamiento que se produjo de la subversión *tout court* a la delincuencia subversiva, intentando trasladar la cuestión política del terrorismo a la cuestión policial de una alteridad que atentaba contra todos los órdenes de lo social. El propio Feierstein cita algunas definiciones de conocidos militares, como es el caso de Viola, quien define a la subversión como “toda acción clandestina o abierta, insidiosa o violenta, que busca la alteración o la destrucción de los criterios morales y la forma de vida de un pueblo” (309). O Videla, para quien “un terrorista no es solamente alguien con un revólver o una bomba sino cualquiera que difunda ideas que son contrarias a la civilización occidental y cristiana” (309-310).

<sup>16</sup> Sobre la construcción mediática del enemigo subversivo son imprescindibles algunos trabajos como el de Mariana Heredia, titulado “La identificación del enemigo. La ideología liberal conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta” (Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata, 2001) o el trabajo final de Grado de Gladys V. Cerro, titulada *La construcción de la subversión como “lo otro” de la sociedad argentina: los meses previos al golpe de estado de marzo de 1976* (Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata, 2008). Cerro realiza una exhaustiva lectura de la prensa de la época y trata el fenómeno subversivo en tanto que “acontecimiento discursivo” que tuvo lugar gracias a la colaboración del poder mediático.

genocidio no fue otro que el terror en su estado más puro. Dicho terror se inculcó utilizando la idea según la cual todo lo desigual, lo insumiso, lo rebelde y lo diferente conllevaban una violencia inaudita y desmedida, una suerte de pulsión de muerte que había situado al país en un estado de guerra civil latente. El enemigo a combatir iba más allá de un simple enemigo político, dado que encarnaba, para muchos sectores de la sociedad argentina, una suerte de “monstruo moral”, de perversión ontológica que atentaba directamente contra el cuerpo social<sup>17</sup>. Para estos supuestos salvadores de la patria, la única herramienta posible para controlar esta guerra absoluta residía en un gesto mesiánico de ligar la comunidad con más violencia: de este modo, sus armas nos fueron otras que la apropiación por la fuerza, el confinamiento y la tortura; así como también el oprobio desmedido, el exterminio, la muerte y la desaparición.

*El dispositivo museo: caso de la Jefatura Central de Policía en Tucumán*

*“Tucumán: cuna de la Independencia;  
sepulcro de la subversión”*

Cuando el general Antonio D. Bussi tomó las riendas del Operativo Independencia en Tucumán, tuvo la deferencia de elogiar la labor de su predecesor, Acdel Vilas. Cuentan que, al parecer, en una conversación telefónica Bussi alabó a Vilas afirmando que este no le había dejado nada por hacer, puesto que había realizado todo lo necesario. Los decretos de aniquilación habían sido asumidos a rajatabla por Vilas, quien hizo de la extirpación del flagelo una misión casi religiosa. Bussi toma el poder en diciembre de 1975, a pocos meses de

---

<sup>17</sup> La figura del “monstruo moral” aparece, según Foucault, entre los siglos XVIII y XIX cuando la monstruosidad y la anomalía se cruzan con la criminalidad y supone una seria amenaza para el pacto político. “El criminal es aquel que, rompe el pacto al que está suscrito, y prefiere su interés a las leyes que rigen la sociedad de la cual es miembro”. Cfr. Michel Foucault, *Les anormaux* (Paris: Gallimard, 1999, 85). Pilar Calveiro describe “el flagelo subversivo” que construyeron los militares argentinos bajo estos parámetros, en los que la condición de traidor y apátrida definían a aquel que había roto con la sociedad argentina en beneficio de intereses extranjeros, normalmente, de países comunistas. El subversivo, “supuestamente también era muy peligroso, arriesgado y cruel como combatiente, en virtud de entrenamientos especiales que había recibido, algunos de los cuales consistían incluso en métodos para soportar la tortura. En su vida privada no poseía pautas morales de ningún tipo; no valoraba la familia, abandonaba a sus hijos, sus parejas eran inestables, no se casaban legalmente y se separaban con frecuencia” (57-58). Esta concepción del monstruo recuerda, asimismo, al llamado monstruo político que a traviesa, según T. Negri, la historia de la racionalidad occidental. Incluso, al monstruo biopolítico, como aquel que invade y amenaza el *bios* mismo, y se infiltra cual rizoma por todas partes. Toni Negri, “El monstruo político. Vida desnuda y violencia” (Roma: Manifestolibro, 2001).



producirse de manera oficial el golpe de Estado. Tras el legado de Vilas, Bussi, sin embargo, llevará la masacre y la eliminación del llamado enemigo a un grado cuasi épico. La provincia de Tucumán, pauperizada, expoliada y sangrada por oligarcas de la caña de azúcar, terratenientes cómplices del genocidio cometido, políticos y funcionarios corruptos, se vio convertida en pocos meses en un estado de excepción basado en el terror, la sospecha y la muerte.

El caso de esta pequeña provincia, la más pequeña de Argentina, fue único durante la última dictadura militar argentina. En ella, las operaciones de aniquilación del hombre fueron especialmente virulentas, convirtiéndose a partir de febrero de 1975 en el laboratorio de pruebas para la maquinaria de desaparición que se instalaría un año después en toda la Argentina. Caracterizada por una importante tradición de lucha sindical (la cual provenía fundamentalmente de los trabajadores de la caña de azúcar y de los talleres ferroviarios que suministraban maquinarias al resto del país), así como por movimientos estudiantiles y culturales de suma importancia, debido a su localización como centro universitario neurálgico del NOA argentino, Tucumán ha sido una de las provincias más combativas y vanguardistas del país. En ella, dadas las características de su vegetación subtropical y selvática, se instalaron algunos grupos guerrilleros que pudieron llevar a cabo operativos señalados: como toma de cuarteles, liberación de pueblos del interior de la provincia, etc. La famosa compañía “Ramón Rosa Jiménez”, perteneciente al ERP, se instaló en las llamadas zonas del “monte”, parajes selváticos situados en torno a pequeñas localidades del interior de la provincia. La toma de Acheral y de algunos Ingenios, como el de Santa Lucía, fueron acciones que despertaron el interés y admiración de muchos lugareños que colaboraron con la guerrilla. Por tanto, no es casual ni aleatorio que se eligiera esta particular provincia como “teatro de operaciones” de lo que sobrevendría en el año 76. No es en absoluto fortuito que los decretos de aniquilamiento se firmaran con este escenario de fondo y que estuvieran destinados principalmente a esta provincia. Tampoco es azaroso que el primer Centro de Detención Clandestina del país, la llamada “Escuelita de Famaillá”, comenzara a funcionar con su maquinaria desaparecedora en 1975 en Tucumán, un año antes de que se instaurara la Junta Militar en el gobierno de la Nación. En esta pequeña provincia de la Argentina más profunda, situada más cerca de Bolivia que de la europea Buenos Aires, el 25% de las personas que fueron asesinadas y desaparecidas lo hicieron durante el Operativo Independencia (Crenzel 15). La provincia entera fue militarizada, acorralada, sometida a un estado de emergencia continuo en el que el miedo y el terror se difundían a través

de operativos de secuestros, cortes de luz y carreteras, controles y vigilancia constante de la población civil, de las actividades en casas, barrios, escuelas y trabajos. Los helicópteros sobrevolaban los cielos tucumanos, a la par que las calles de la provincia “se limpiaban”, ordenaban y aseaban para borrar todo rastro de insurgencia o desorden. La provincia entera se tornó un emplazamiento hostil y amenazante. Las ciudades devinieron ciudades-contienda, ciudades-enfrentamiento, ciudades-extermínio (como el caso de Famaillá), ciudades-cuarteles vigiladas, amuralladas, cercadas (Arenas *et al.* 35).

Poco a poco, a golpe de instaurar un verdadero estado de emergencia en toda la provincia, se fue asumiendo la idea de que Tucumán era una zona en guerra. El mal se había apropiado de sus apacibles y conservadoras ciudades y pueblos, y había generado un desequilibrio de tal magnitud que requería una respuesta tan violenta como inmediata. Algunos grupos de investigación de la Universidad de Tucumán, como es el caso de GIAAT<sup>18</sup>, han analizado este período no solo como los meses previos que sirvieron a la instauración de la represión más extrema, sino también como un tiempo en el que la producción simbólica del enemigo-subversivo fue fundamental para la aceptación de la matanza. De este modo, se describía, por ejemplo, en el diario local *La Gaceta*, la situación que se estaba viviendo:

En estos meses (1975) las metralletas y las bombas han acompañado los días y las noches de nuestra provincia. La violencia ha seguido desatada en Tucumán, mientras un clima de terror se ha apoderado de su ciudadanía que observa, impotente, que pareciera imposible un establecimiento de la paz y el orden [...] ya no somos los mismos habitantes de la bella provincia del azúcar, vivimos tensos, observándonos unos a otros, desconfiados, esperando la sangrienta novedad de cada día, cada vez más familiarizados con la muerte. (Arenas *et al.* 37)

Lo ocurrido en esta provincia fue clave para los procesos de creación de la figura del enemigo-subversivo que hemos analizado en el apartado anterior. Sin embargo, además de los marcos interpretativos y simbólicos que se usaron, del papel de los medios de comunicación y de la consolidación de un estado de excepción como escenario de un conflicto bélico, los militares utilizaron un dispositivo novedoso en todo este complejo proceso de creación de una alteridad amenazante: este dispositivo no fue otro que el museo. Tres fueron los llamados “museos de la subversión” que se inauguraron en la Argentina: dos de ellos creados por Bussi, el de Tucumán el 29 de diciembre de 1976 y el 26 de octubre del 78 en Campo de Mayo el Museo Mayor Juan Carlos Leonetti. El tercero de

---

<sup>18</sup> Grupo Interdisciplinario de Arqueología y Antropología de Tucumán. Facultad de Ciencias Naturales, UNT.

ellos estuvo situado en la provincia de Córdoba. No hay prácticamente documentación en torno a los museos en cuestión. Incluso, con la llegada de la democracia, muchos responsables políticos pusieron en duda la existencia de los mismos. Ni documentación ni archivos, mucho menos visuales, salvo una fotografía publicada por el diario tucumano *La Gaceta*, en noviembre de 2013, en la que se capta un momento de la inauguración del museo. En el artículo, y a pie de foto, se nos dice que la fotografía está tomada en diciembre de 1976 y en ella vemos a Mario Albino Zimmermann, ex jefe de la Policía de Tucumán, con otros invitados al evento, examinando algunos objetos en exposición.



Imagen 1: Inauguración del museo. Diciembre de 1976: el ex jefe de Policía Zimmermann recorrió el Museo. *La Gaceta* / FOTO DE ARCHIVO-24 Nov 2013.

Son pocos los datos que se han conservado de este peculiar museo. Sabemos que estuvo situado en las dependencias de la Jefatura Central de Policía de Tucumán. Dicha Jefatura, localizada en el centro mismo de la ciudad de San Miguel de Tucumán, funcionó durante la dictadura como uno de los Centros de Tortura y Exterminio más célebres de toda la provincia. El comisario inspector al mando, Roberto H. Albornoz, apodado “el Tuerto”, se convirtió en poco tiempo en una afamada figura debido a la crueldad de sus métodos de tortura. De 1975 a 1978, cientos de personas pasaron por estas dependencias, incluidas mujeres embarazadas, bebés y niños de corta edad. Junto con el Arsenal Miguel de Azcuénaga y la Escuelita de Famaillá, Jefatura ostenta el aterrador título de haber sido uno de los centros de exterminio más atroces de la provincia.

En una de las salas contiguas a las utilizadas para retener a los secuestrados se instaló el famoso museo. Junto con los otros dos museos que funcionaban en el país, nuestra hipótesis es que no fueron puestos en marcha solo

para reforzar la idea del “enemigo apátrida”, sino, fundamentalmente, con una doble estrategia de relato: por una parte, el relato de la victoria; por otra, la necesidad de consolidar y perpetuar una memoria concreta de lo acontecido.



Imagen 2: Jefatura de Policía en la actualidad<sup>19</sup>

Fueron museos creados expresamente para “no olvidar” y para formar a las nuevas generaciones de argentinos, de manera pedagógica, en un determinado relato heroico sobre aquellos que habían llevado a cabo la supuesta guerra.



Imagen 3: Jefatura de Policía en la actualidad

Según los relatos de algunos testigos, en el museo se exhibían armas, vestimentas de guerrilleros, banderas y panfletos de los distintos grupos como ERP o Montoneros e incluso un dedo de un subversivo o fetos extraídos en abortos, guardados como muestra en frascos de formol. Las fotografías de líderes

---

<sup>19</sup> Fotografías de Gabriel Lemme.

guerrilleros, como Mario R. Santucho, se mezclaban con cuadros en los que se contabilizaban los militares, policías y civiles asesinados por el terrorismo. El balance de víctimas iba en descenso hasta el año 79, cuando se da por finalizada la guerra contra la subversión y la victoria conseguida. Según Crenzel, “en el mismo museo, una placa recuerda el agradecimiento: ‘A los hombres de inteligencia, civiles y militares que con astucia y perseverancia, como el legendario rastreador, siguen la huella del delincuente subversivo hasta dar inexorablemente con su madriguera’” (Crenzel 204). En palabras del ex comisario Miguel Toledo, en unas declaraciones para el diario tucumano *La Gaceta*:

En la época militar hubo un museo policial que funcionaba en la vieja Jefatura de avenida Salta (y Junín). Estaban expuestos uniformes, fetos y huesos humanos, entre otras cosas. Cuando se traslada la Jefatura al Regimiento (en calle Italia), todo lo que pertenecía al museo va a parar donde estaba Sanidad (ahora funciona allí la División Anticuaterismo). Yo era encargado del área de obra de la Policía, y un día me ordenan que saquemos eso porque iban a agrandar la sala. Yo lo llevo a una piecita del fondo. El año pasado, vienen Soria y Bernachi (ex secretarios del jefe de la fuerza, Jorge Racedo) y me dicen que queme todo eso en el fondo. Les dije que no, que por mis creencias cristianas no lo iba a hacer. Y les comenté que todo eso tenía que ser analizado. Yo lo puse en un cuartito y levanté una pared. Lo dejé ahí, nunca más me preguntaron ni hablaron de ese tema. No sé si habrán creído que le di cumplimiento a esa orden. (*La Gaceta*)



Imagen 4: Jefatura de Policía en la actualidad

A pesar de los pocos materiales y referencias que se han conservado de estos terribles museos (apenas algunas declaraciones en la prensa y algunos artículos al respecto) podemos afirmar a modo de conclusión que los mismos formaron parte de los discursos y dispositivos de producción de una alteridad amenazante. El museo sirvió, por una parte, para exhibir, mostrar, dar visibilidad a

un Otro deshumanizado, demonizado, animalizado y convertido en un mal radical que debía a toda costa eliminarse para salvaguardar la patria. Sirvió como una suerte de emplazamiento-frontera para establecer la separación entre civilización y barbarie, entre una Argentina occidental, católica y conservadora y otra que abocaba al desorden moral y físico que las ideologías de izquierdas pretendían imponer. Especie de “museo de los horrores” en los que la normalidad podía sentirse segura frente a este espejo deformante de la monstruosidad. Asimismo, el discurso de los medios de comunicación afines al poder sirvió para que todo este proceso de especularización y visibilización asentara la idea de una delincuencia que usaba la violencia como medio de usurpación del poder. Dicha visibilización se llevó a cabo gracias al uso de fotografías descontextualizadas, afiches, imágenes de guerrilleros y reportajes sobre sus vidas y malas costumbres. Por otra parte, como hemos señalado, el dispositivo museo funcionó como herramienta didáctica y pedagógica para la población, siendo el discurso de la victoria sobre el enemigo el que quiso transmitirse. Recordemos que este museo, en concreto, fue visitado por estudiantes de primaria y secundaria hasta principios de los 90.

Si los museos, como afirma Crenzel, “como otras modalidades de transmisión simbólica son producto de determinada selección sobre los objetos a conservar y aquellos que no importan perder” (Crenzel 204), entonces, en este caso concreto, lo que se quiso conservar no fue otra cosa que un determinado y concreto discurso hegemónico sobre el genocidio llevado a cabo. El llamado museo de la subversión se inauguró con la clara intención de fundamentar un discurso sobre la memoria, sobre el no olvido de una matanza que se consideró necesaria y cuyo recuerdo debía conservarse en la sociedad argentina.

Hemos intentado, por tanto, retomar la tarea de interrogar el pasado y el presente a través de estos complejos dispositivos museísticos, dispositivos de mostración, de visibilización, de simbolización, pero también de segregación. En este sentido, hemos considerado necesario abordarlos como figuras biopolíticas sintomáticas que funcionan dentro de determinados discursos y retóricas sobre la violencia, la alteridad y la eliminación de la diferencia en el seno de una comunidad política. Entre ellos, la creación de un enemigo a combatir, como hemos visto, fue la pieza clave que utilizaron los militares argentinos para la fundación de una nueva Nación en la que ya no habría cabida para el diferente. Y, como hemos podido analizar, el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” operó no solo de manera genocida, sino a través de complejos dispositivos bio y tanatológicos destinados a gestionar, administrar y limpiar el campo social de cualquier tipo de amenaza. Dicha amenaza fue mostrada,

exhibida y caricaturizada en los museos que se inauguraron, de forma estratégica, en distintas provincias del país.

En la actualidad, la Jefatura de Policía de Tucumán continúa funcionando. El espacio del museo, incluso las dependencias que funcionaron con CCD (Centro Clandestino de Detención) se han reciclado en instalaciones del Ministerio de Educación, de hecho, donde se hallaba la zona de tabiques y las celdas hoy están las oficinas del Servicio de Asistencia Social Escolar (SASE). Las mismas salas y pasillos por la que transitaron numerosos detenidos desaparecidos, están dedicadas fundamentalmente a la resolución de trámites burocráticos. Encontramos en sus dependencias algunas tímidas huellas y marcas de memoria, como un monolito que nos recuerda que allí funcionó un centro clandestino de tortura y exterminio o el listado de nombres de las personas que fueron detenidas o asesinadas en este lugar. Podemos, también, toparnos con graffitis en sus muros que apelan a una reapropiación de la historia en la que el olvido no tiene cabida. Del siniestro museo, sin embargo, no hay rastro alguno. La anodina cotidianidad de esta pequeña ciudad de provincias termina por apoderarse de aquellos espacios que un día fueron artífices y testigos del terror.



Imagen 5: Exterior de la Jefatura de Policía de Tucumán

### Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *¿Qué es un dispositivo?* Barcelona: Editorial Anagrama, 2015.
- Arenas Patricia *et al.*, “Arquitectura del terror: centros clandestinos de detención y disputas por las memorias en San Miguel de Tucumán, Argentina. Una primera aproximación”. Buenos Aires: Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (20): 2003/2005.
- Ataliva, Víctor “Arqueología, memoria y procesos de marcación social (acerca de las prácticas sociales pos-genocidas en San Miguel de Tucumán)”. Tucumán: Facultad de Ciencias Naturales e Instituto M. Lillo. UNT: 2008.
- Calveiro, Pilar *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue, 2004.
- Cerro, Gladys V. “La construcción de la subversión como “lo otro” de la sociedad argentina: los meses previos al golpe de estado de marzo de 1976”. Trabajo final de Grado. Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata, 2008.
- Colombo, Pamela. “Espacio y desaparición: los campos de concentración en Argentina”. Madrid: Revista *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política* (#45): julio-diciembre, 2011.
- \_\_\_\_\_. “Del traslado de detenidos-desaparecidos o el espacio en movimiento: hacia una fenomenología de la percepción distorsionada”. Papeles de CEIC # 94: marzo 2013.
- Crenzel, Emilio. *Memorias enfrentadas: el voto a Bussi en Tucumán*. Tucumán: Universidad Nacional de Tucumán, 2001.
- \_\_\_\_\_. “El Operativo Independencia en Tucumán”, en Fabiola Orquera (Comp/Ed.) *Ese ardiente jardín de la República. “Formación, y desarticulación de un “campo” cultural: Tucumán, 1880-1975*. Córdoba: Alción Editora, 2010.
- Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta, 1998.
- Deleuze, Gilles. *Deux régimes de fous*. Paris: Minuit, 2003.
- “Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo”. Buenos Aires: abril, 1983.
- Esposito, Roberto. *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. Madrid: Herder, 2009.
- Feierstein, Daniel. *El genocidio como práctica social. Entre el nazismo y la experiencia argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel. *Surveiller et punir*. Paris: Gallimard, 1975.
- \_\_\_\_\_. *Il faut défendre la société*. Paris: Gallimard: 1997.



\_\_\_\_. *Les anormaux*. Paris: Gallimard, 1999.

Heredia, Mariana. *La identificación del enemigo. La ideología liberal conservadora frente a los conflictos sociales y políticos en los años sesenta*. Buenos Aires: Universidad Nacional de la Plata, 2001.

Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Barcelona: Melusina, 2011.

Negri, Toni. “El monstruo político. Vida desnuda y violencia”. Roma: Manifestolibro, 2001.

Trinquier, Roger. *La guerra moderna*. Buenos Aires: Ediciones Cuatro Espadas, 1981.

“Un hallazgo y un relato reviven la historia del ex Museo de la Policía”. *La Gaceta*.  
24 noviembre, 2013.

<http://www.lagaceta.com.ar/nota/569503/politica/hallazgo-relato-reviven-historia-ex-museo-policia.html>

Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Barcelona: Melusina: 2010.

Vilas, Acdel. *Manuscrito sobre el Operativo Independencia*. Bahía Blanca: 1977.